

LECCION XXV.

EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO.

Adviento. — Sabiduría de la Iglesia. — Antigüedad del Adviento. — Prácticas de devoción y penitencia. — Liturgia del Adviento. — Primer domingo. — Segundo domingo. — Tercero, cuarto. — Fiesta de la Expectación. — Antifonas de la O.

La vida del hombre ha de ser una fiesta continua; todos los días, todas las horas que la componen deben ser santificados de modo que ningún momento de nuestra existencia deje de ser un himno á la gloria del que crió al hombre y el tiempo. Pero es tanta nuestra flaqueza, nos ocupamos tanto de los negocios y es tal la violencia de nuestras pasiones, que la Iglesia ha fijado en su solicitud días y épocas particulares destinados especialmente á purificar nuestros corazones por medio de la oración, la penitencia y la meditación de las verdades eternas. Así lo hemos visto en el Catecismo anterior.

I. Idea del Adviento. — En la primera categoría de estas épocas saludables debe colocarse la del Adviento. Efectivamente el Adviento es una época de oración y penitencia que la Iglesia ha establecido para preparar á sus hijos al nacimiento del Salvador. El Adviento es á la fiesta de Navidad lo que las vigiliás á las fiestas ordinarias, lo que la Cuaresma á la Pascua, y lo que los cuatro mil años del mundo antiguo fueron á la venida del Mesías. Cuatro semanas de preparaciones no os parecerán demasiado largas, si considerais la excelencia del misterio que las sigue. Si el pueblo de Israel tuvo que prepararse con tanto esmero para recibir la ley promulgada en la cima del monte Sinai, para cruzar las aguas del Jordán y penetrar en la tierra prometida, para participar de sus víctimas imponentes, ó celebrar sus fiestas simbólicas; ¿cuáles creéis que deben ser las preparaciones de los Cristianos para recibir al Dios del cielo, al Verbo eterno, al Legislador supremo, á la víctima sin mancha, al tipo eterno de todas las fiestas y todos los sacrificios?

II. Antigüedad del Adviento. — Penetrada la Iglesia de estos grandes pensamientos, instituyó el Adviento para allanar al Mesías el camino de nuestros corazones. La institución del Adviento es, al parecer, tan antigua como la de la fiesta de Navidad, aunque bajo este punto no haya sido igual siempre la disciplina de la Iglesia. El Adviento fué, durante algunos siglos, de cuarenta días como la Cuaresma, y principiaba por san Martín. La iglesia de Milan, fiel á sus

antiguos usos, ha conservado las seis semanas del Adviento primitivo que habían adoptado las iglesias de España; pero muy pronto lo redujo la Iglesia de Roma á cuatro semanas, es decir, á cuatro domingos con la parte de la semana que resta hasta Navidad, y todo el Occidente siguió este ejemplo.

Antiguamente se ayunaba durante el Adviento; en ciertos países este ayuno era de precepto para todos, y en otros de simple devoción. La obligación del ayuno se ha atribuido á san Gregorio el Grande, quien, sin embargo, nunca tuvo intención de imponerlo como ley general. Á mediados del siglo v, en el año 462, san Perpetuo, obispo de Tours, estableció en su diócesis tres días de ayuno por semana desde la fiesta de san Martín hasta Navidad, y esta regla se generalizó en la Iglesia de Francia en el siglo vii, después de celebrado el concilio de Macon en 584, cuya santa asamblea prescribió que los días de ayuno para todos los fieles serían los lunes, miércoles y viernes de cada semana, desde la fiesta de san Martín hasta la del nacimiento de Nuestro Señor, y que los oficios, particularmente el sacrificio de la misa, se celebrasen como en la Cuaresma, prohibiendo al mismo tiempo el comer carne todos los días durante el Adviento.

Igual abstinencia se observaba en las demás regiones católicas, como nos lo demuestra una donación piadosa de aquella época. Habiendo concedido Astolfo, rey de los Lombardos en Italia, en 753, las aguas de Nonantula á la abadía de este nombre, se reservó cuarenta sollos para uso de su mesa durante la Cuaresma de san Martín; de lo cual puede inferirse que los Lombardos observaban en el siglo viii el ayuno durante los cuarenta días que preceden á la fiesta de Navidad, ó que practicaban al menos la abstinencia de carnes ¹.

Añádanse al ayuno la oración y otros ejercicios de penitencia. « Desde la fiesta de san Martín hasta la de Navidad, dice un autor antiguo, están prescritas entre nosotros la abstinencia de toda carne y la continencia conyugal á todos los hijos de la Iglesia, como un medio indispensable de acercarse á los Sacramentos el día del nacimiento del Salvador. » El papa Bonifacio VIII declara en la bula de canonización de san Luis, que este digno sucesor de Carlomagno pasaba los días del Adviento en ayuno y oración ². Tal era la conducta de los simples fieles.

Los religiosos ayunaban lo mismo que en la Cuaresma, y la mayor parte han conservado esta costumbre hasta nuestros días. Añadirémos que siempre ha sucedido lo mismo; aquel para quien todos los días

¹ Martene, *De antiq. Eccl. discipl.* c. 40, n. 5.

² Rainald. ann. 1287, n. 64. Insuper de consensu uxoris suæ reginæ per totum Adventum, per totam Quadragesimam, ab usu matrimonii mutuo continebant. Insuper in solemnitatibus, quibus communicare debebant. (Duchesne, t. V, pág. 448.)

son una continua preparacion para las cosas eternas, conserva la estricta observancia de preparacion y ayuno; el que no está en la batalla, conserva su armadura, y aquel para quien toda la vida es una distraccion y un encadenamiento de goces y peligros, se desarma y no vigila ya para defenderse del enemigo¹.

III. Liturgia del Adviento. — La Iglesia no omite, sin embargo, medio alguno para despertar en sus hijos el antiguo fervor de sus padres. ¿No lo hace con justa razon? El tierno Niño que esperamos ¿es acaso menos amable, santo y digno de todo nuestro amor hoy que en otro tiempo? ¿ha dejado de ser el amigo de los corazones puros? ¿es menos necesaria su venida á nuestras almas? ¡Ah! tal vez hemos levantado otra vez en ellas todos los ídolos que vino á derrocar hace diez y ocho siglos. Seamos, pues, mas prudentes, entremos en las miras de la Iglesia, y veamos como redobla su solicitud esta tierna madre para formar en nosotros las disposiciones de penitencia y caridad necesarias para recibir bien al Niño de Belen.

Se despoja en sus oficios de sus ornatos de alegría y toma el color morado en señal de compuncion; omite en la misa el *Gloria in excelsis*, pero templá su tristeza la esperanza, y por esto repite en la misa del domingo el *Alleluia*. Lo quita en las ferias para excitarnos á la penitencia, y decir á los Cristianos de nuestra época: Todos los dias del Adviento eran para vuestros padres de abstinencia y ayuno; sean al menos para vosotros dias de arrepentimiento y oraciones.

Y para estimular en todas las almas este doble sentimiento de esperanza y compuncion, escuchemos sucesivamente la voz del gran Pablo, la de Isaias, la de san Juan en las orillas del Jordan, y la del mismo Mesías que se une con los acentos de los predicadores y los himnos de la Iglesia. « Hora es ya de levantarnos del sueño. Porque » ahora está mas cerca nuestra salud, que cuando creimos. La noche » pasó, y el día se acercó. Desechemos, pues, las obras de las tinieblas, y vistámonos las armas de la luz. Caminemos como de día, » honestamente; no en glotonerías y embriagueces; mas vestíos de » Nuestro Señor Jesucristo². » Tales son las advertencias que nos hace el apóstol san Pablo en la Epístola del primer domingo de Adviento.

Para que esta leccion sea mas ejecutiva, la Iglesia nos recuerda en el Evangelio el juicio final y la segunda venida del Hijo de Dios, como si nos dijera: Si quereis ver llegar sin temor al Dios que os anuncio, cuando baje como juez supremo de vivos y muertos, preparaos á recibirle ahora que viene como Salvador. ¡Felices vosotros si sois dóciles á mis avisos. Ved sino cuán formidable será su segun-

¹ *Fiestas cristianas*, pág. 46.

² Rom. xiii, 11-14.

do advenimiento. « Habrá señales en el sol, en la luna y en las estrellas; las naciones se llenarán de consternacion; los hombres se » consumirán de temor esperando lo que ha de suceder al universo, » y se conmovrán las columnas de los cielos; y entonces se verá venir » al Hijo del Hombre sobre una nube con gran poder y majestad. » Cuando veais que suceden estas cosas, abrid los ojos y levantad la » cabeza, porque está próxima vuestra redencion. Juzgadlo con la » comparacion de la higuera y los demás árboles; cuando los veis » brotar decís: Reconoced que va á llegar el verano. Del mismo » modo, cuando veais lo que os anuncio, sabed que está próximo el » reino de Dios. En verdad os digo que no transcurrirá la presente » generacion sin que esto suceda; pasarán el cielo y la tierra, pero » no pasarán mis palabras. »

Decidme; ¿podria hallar la Iglesia una verdad mas capaz de infundir terror á las almas y de obligar á los Cristianos al recogimiento? Pero ella quiere que los suspiros y consuelos de la esperanza se mezclen con las lágrimas de la penitencia y el terror del juicio final. Y así las hace demostrar en el oficio de la tarde con la tierna antifona: *Alma Redemptoris Mater*, Excelente madre del Redentor, cuyas notas y palabras expresan una dulce pero profunda melancolía.

Todo el pueblo, que por la mañana temblaba con el recuerdo del valle de Josafat, se estremece por la tarde de deliciosa esperanza entreviendo el pesebre de Belen, y mil cantos sencillos expresan sus sentimientos. Testigo este cántico popular que el niño y el anciano se complacen en repetir por la noche junto al hogar: *Venid, divino Mesías, cambiad nuestros dias infortunados; venid, manantial de vida; venid, venid, venid*, etc.

La Iglesia continúa sus instrucciones en el segundo domingo del Adviento; siendo cada vez mas claras y precisas á medida que se aproxima el grande acontecimiento, como la luz que cada vez es mas viva á medida que el sol se acerca al horizonte. El grande Apóstol hace oír tambien su voz en la Epístola, anunciándonos que Jesucristo es enviado para realizar todas las figuras y reunir en un solo redil á los Judíos y á los gentiles.

El Evangelio nos presenta al Precursor mostrando en la persona de Jesucristo al Redentor esperado durante cuarenta siglos. Él conocía á este cordero de Dios, pero sus discípulos no le conocian, y para enseñárselo, envió dos á Jesús, con orden de hacerle esta pregunta y esperar la respuesta: « ¿Sois vos el que debe venir, ó debemos esperar á » otro? » Habiendo hecho Jesús varios milagros en su presencia, por los cuales, segun Isaias, se reconoceria al Cristo, les respondió: « Id » á decir á Juan lo que habeis visto: los ciegos ven, los cojos andan, » los leprosos están curados, los sordos oyen, los muertos resucitan,

» y á los pobres les es anunciado el Evangelio : y bienaventurado el » que no fuere escandalizado en mí. »

Cuanto mas se acerca el momento solemne en que el Mesías ha de hacer su entrada en el mundo, mas redobra la Iglesia sus exhortaciones. San Pablo nos habla tambien el tercer domingo en la Epístola, y nos invita á la alegría : brilla en el horizonte la aurora de nuestra libertad, y quiere que añadamos á la alegría la oracion, es decir, ese ardiente deseo que atrae á Dios hácia nosotros y que llamará al Mesías á nuestros corazones. San Juan Bautista, mas que profeta, no anuncia ya al Mesías en el Evangelio, sino que dice que está ya en el mundo. Y en efecto, estaba ya entre los Judíos, y nosotros le adoramos ya en el seno de su madre cuando oimos este Evangelio. El Precursor añade una expresion que se realiza aun ¡ay! en el día : *Estaba en medio de vosotros, y no le conocíais.* Despues, tomando la voz de Isaías, hace resonar las bóvedas de nuestros templos, como en otro tiempo los ecos del Jordan, con estas potentes palabras : « Voz del que clama en el » desierto ; haced rectas las sendas del Señor ; allanad los collados, » llenad los valles, es decir, preparad vuestro espíritu, vuestro » corazon y vuestros sentidos para recibir al Mesías. Héle aquí que » viene, y yo no soy digno de desatar la correa de sus zapatos. » Y el que usa este lenguaje es el mas grande de los hijos de los hombres. ¡ Oh ! ¡ cuán grande, santo y respetable es el Mesías ! ¡ Con qué celo debemos prepararnos á recibirle !

Finalmente, el cuarto domingo, cuando el divino Niño está en el momento de entrar en el mundo, cuando este amable Esposo llama ya á la puerta de nuestros corazones, la Iglesia termina sus instrucciones con estas palabras : *Toda carne verá al Salvador enviado de Dios ;* palabras pasmosas que nos dicen : Estad prontos, ha llegado el tiempo indicado, el Sol de justicia y de verdad va á brillar en el horizonte ; su luz va á esparcirse sobre todos los hombres sin distincion de ricos y pobres, de sabios ó ignorantes ; esperad un momento, estad dispuestos. ¿ No advertís todo lo que se encierra de asombroso en estas últimas palabras : *Toda carne verá al Salvador enviado de Dios ?* No nos contentemos con admirar la sabiduría con que la Iglesia gradúa sus instrucciones durante el Adviento ; penetremos en su espíritu, y aumentemos nuestro fervor y recogimiento á medida que nos acercamos al nacimiento del Deseado de las naciones, que ha de ser tambien el Deseado de nuestro corazon.

IV. Antifonas de la O. — Para calmar el ardor de nuestros suspiros y deseos, la Iglesia ha establecido la fiesta de la *Expectacion* ó dela espera del divino alumbramiento. Esta fiesta, fijada en el 16 de diciembre, continúa hasta Navidad⁴. Desde el dia precedente la Iglesia canta

⁴ Véase Baillet, 25 de diciembre de 588.

en las Vísperas las grandes antifonas. Se llaman vulgarmente antifonas de la O, ó las O de Navidad, porque principian con esta invocacion. Imposible estener fe y no entrar al recitarlas en los sentimientos que expresan, y unirse á los suspiros y gemidos de los Patriarcas. Estas antifonas expresan por su variedad las diferentes cualidades del Mesías y las diversas necesidades del linaje humano.

El hombre es desde su caída un insensato privado casi de razon y sin gusto hácia los verdaderos bienes ; su conducta inspira horror y compasion, y necesita la sabiduría. La Iglesia la pide para él con la primera antifona : *O sapientia* : « ¡ Oh sabiduría que salisteis de la » boca del Altísimo, que alcanzais vuestro fin con fuerza, y disponeis » todas las cosas con dulzura ! venid á enseñarnos la senda de la pru- » dencia. »

El hombre es desde su caída esclavo del demonio, y tiene necesidad de un poderoso Libertador. La Iglesia lo pide para él con la segunda antifona : *O Adonai* : « ¡ Oh Dios poderoso y guia de la casa » de Israel, que os mostrásteis á Moisés en la zarza encendida, y le » disteis la ley en el Sinaí ! venid á rescatarnos con el poder de vues- » tro brazo. »

El hombre desde su caída está vendido á la iniquidad, y necesita un Redentor. La Iglesia lo pide para él en la tercera antifona : *O radix Jesse* : « ¡ Oh raíz de Jessé, que estais expuesta como una bandera á » los ojos de las naciones, ante la cual guardarán silencio los reyes, y » á la que ofrecerán los gentiles sus oraciones ! venid á rescatarnos, » no tardeis. »

El hombre es desde su caída un preso encerrado en la cárcel tenebrosa del error y de la muerte, y necesita una llave para salir. La Iglesia la pide con la cuarta antifona : *O clavis David* : « ¡ Oh llave de » David y cetro de la casa de Israel que abris y nadie cierra, que » cerrais y nadie abre ! venid y sacad al preso de la cárcel, al des- » graciado que yace en las tinieblas á la sombra de la muerte. »

El hombre es ciego desde su caída, y necesita un sol que le ilumine. La Iglesia lo pide para él con la quinta antifona : *O Oriens* : « ¡ Oh Oriente, esplendor de la luz eterna y sol de justicia ! venid y » alumbrad á los que yacen en las tinieblas y en la sombra de la » muerte. »

El hombre desde su caída está enteramente mancillado, y necesita un santificador. La Iglesia lo pide por él con la sexta antifona : *O Sancte Sanctorum* : « ¡ Oh Santo de los Santos, espejo sin mancha de » la majestad de Dios é imágen de su bondad ! venid á destruir la » iniquidad y á traer la justicia eterna. »

El hombre es desde su caída como una gran ruina, y necesita un restaurador. La Iglesia lo pide para él con la séptima antifona : *O Rex gentium* : « ¡ Oh Rey de las naciones, Dios y Salvador de Israel,

» piedra angular que unís en un solo edificio á los Judíos y á los gen-
» tiles! venid y salvad al hombre que habeis formado del barro de la
» tierra. »

El hombre desde su caída ha doblegado la cabeza bajo el yugo de todas las tiranías, y tiene necesidad de un Legislador equitativo. La Iglesia lo pide para él con la octava antifona : *O Emmanuel* : « Oh Emanuel, nuestro Rey y Legislador, expectacion de las naciones y objeto de sus deseos ! venid á salvarnos, Señor Dios nuestro. »

El hombre desde su caída es una oveja descarriada y expuesta al furor de los lobos, y necesita un Pastor que le defienda y le guie á buenos pastos. La Iglesia lo pide para él con la novena antifona : *O Pastor Israel* : « ¡Oh Pastor y dominador de la casa de David! Vos que érais en el principio desde el día de la eternidad, venid á apacentar á vuestro pueblo en toda la extension de vuestro poder, y reinad sobre él en la justicia y la sabiduría ⁴. »

¿Habeis oido cosa mas interesante y completa que estas magnificas invocaciones? Nos parece que una de las mejores preparaciones para la fiesta de Navidad es el repetir con frecuencia estas bellas antifonas, empapándonos en los sentimientos que expresan. ¡Oh! si; si queremos pasar santamente el tiempo del Adviento, unamos nuestros suspiros á los de la Iglesia y de los Patriarcas, Profetas y justos de la antigua Ley; adoptemos alguna de sus ardientes palabras; que sea nuestra oracion jaculatoria de cada dia, y si es posible, de cada hora del dia, para que Dios pueda decir de nosotros : *Hé aquí un hombre de deseo*, y nos atenderá. Si lo preferimos, elijamos entre las oraciones siguientes que son igualmente propias para formar en nosotros las disposiciones que pide la Iglesia : *Os suplico, Señor, que envieis al que habeis de enviar. Venid, Señor Jesús, y no tardeis; cielos, abrid y dejad que baje vuestro rocío. Divino Niño Jesús, venid á nacer en mi corazon para desterrar de él al pecado y colocar vuestras virtudes.*

Unamos á la oracion un recogimiento mayor, una vigilancia mas continua; descendamos con mas frecuencia al fondo de nuestra alma, á fin de purificarla y embellecerla pensando que debe ser la cuna del Niño divino. Sin embargo, la grande preparacion es renunciar al pecado, al pecado mortal especialmente, pues ¿qué puede haber de comun entre el Hijo de María y un corazon manchado de iniquidades?

Escuchemos á san Carlos exhortando á su pueblo á santificar el Adviento, y apropiémosnos las palabras del grande Arzobispo : « Durante el Adviento debemos prepararnos para recibir al Hijo de Dios que abandona el seno de su Padre para hacerse hombre, y plati-

⁴ Véase á Durandus, lib. VI, c. 41.

» car con nosotros; es preciso destinar un poco del tiempo que consagramos á nuestras ocupaciones á meditar en silencio sobre las preguntas siguientes : ¿Quién es el que viene? ¿De dónde viene? ¿Cómo viene? ¿Cuáles son los hombres para quienes viene? ¿Cuáles son los motivos y cuál debe ser el fruto de su venida? Cifremos en él nuestras aspiraciones todas á imitacion de los justos y Profetas del Antiguo Testamento que por tanto tiempo le esperaron, y para abrirle el camino de nuestro corazon purifiquémonos por medio de la confesion, del ayuno y de la comunión.

» No olvidemos que antiguamente se ayunaba durante todo el Adviento, como vigilia de Navidad, y los que tal cosa practicaban no carecian de razon, pues la grandeza y la santidad de la fiesta exigen indudablemente tan dilatada vigilia y tan grande preparacion; ya que no lo hagamos como ellos, ayunemos al menos un día ó muchos por semana segun la devocion de cada uno. En un tiempo en que el Padre eterno nos dió y nos da todos los años á su propio Hijo como una inmensa limosna, y como un tesoro de gracias y de misericordia, es necesario derramar mas abundantes limosnas en el seno de los pobres y aplicarse mas que nunca á la práctica de buenas obras y á la lectura de libros piadosos. Finalmente debemos disponernos para el primer advenimiento del Hijo de Dios, de modo que podamos esperar su segundo advenimiento sin temor y con la confianza y alegría que son inseparables compañeras de una conciencia tranquila ⁴. »

Motivos poderosísimos nos obligan á seguir los consejos del grande Apóstol de los tiempos modernos, y á santificar el Adviento, y son :

1º. La obediencia al precepto de la Iglesia. « Yo soy la voz del que clama en el desierto : preparad los caminos del Señor, enderezad sus senderos; la segur llega ya á la raíz del árbol. » Esta excitacion que el santo Precursor dirigia á los Judíos hace referencia á los hombres de todos los siglos; Jesucristo vino al mundo por todos, luego todos tenemos el deber de recibirle, y por miedo de que descuidemos punto tan esencial, la Iglesia, siempre ocupada de la felicidad espiritual de sus hijos, y fiel intérprete de los divinos oráculos cuyo depósito le está confiado, proclama del modo mas solemne y obligatorio la excitacion del santo Precursor durante todo el tiempo del Adviento. La Judea se conmovió á los acentos de la voz profética que resonaba á orillas del Jordan; los sacerdotes, los levitas, los militares, los publicanos, los pecadores de toda clase acudían en tropel pidiendo el bautismo de la penitencia; la misma voz resuena en nuestros templos, y ¿por ventura tenemos nosotros me-

⁴ *Acta Eccl. Mediol.* pág. 1012.

nos necesidad de conversion y de penitencia? ¿Acaso debemos temer menos al Dios que viene ahora como Salvador, y vendrá un dia como Juez? ¿Dejarémos que la Iglesia nos repita en vano: «Pre-» parad vuestros corazones; pues vuestra carne verá en breve al » Salvador enviado de Dios?»

2º. La gratitud hácia el Salvador. ¿Qué era el hombre antes de la encarnacion del Salvador? ¿Qué somos sin él? Pobres, ciegos, esclavos, víctimas del demonio, del pecado y del infierno, ¡cuánto le debemos! Y ¿qué no hizo el Hijo de Dios para iluminarnos, para libramos, para rescatarnos, para devolvernos nuestros perdidos derechos? Un Dios que reviste la forma de esclavo, que se resigna á todas las miserias de la miserable humanidad; un Dios pobre, un Dios niño; ¿nada dirá esto á nuestro corazon? Nosotros que somos agradecidos al menor beneficio, ¡no lo serémos por un Dios que se da *él mismo* á nosotros!

3º. Nuestro interés espiritual. La fuente de gracia es inagotable y mana en todos tiempos; mas las grandes fiestas son dias mas propicios, dias en que se derraman las gracias con mayor abundancia; pues la Iglesia, animada entonces del mismo espíritu, ofrece á Dios un mas solemne homenaje, le dirige oraciones mas fervientes, y le conmueve con sus sinceras lágrimas. Jesucristo nació para conseguir nuestra salvacion, mas no concede sus gracias sino á los que se presentan con un corazon preparado para recibirlas; y las disposiciones que halla en nosotros son la medida de sus favores. Pues bien, ¿no tenemos algo, mucho ó poco, que pedirle? Descendamos al fondo de nuestro corazon, interroguemos nuestra vida pasada, nuestro estado presente, nuestro porvenir, y el abismo de nuestras miserias contestará por nosotros¹.

ORACION.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haber establecido el santo tiempo del Adviento con el fin de prepararme para la fiesta de Navidad; hacedme la gracia de que lo pase santamente.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *repetiré cada dia mientras dure el Adviento, la siguiente oracion: Divino Niño Jesús, venid á nacer en mi corazon.*

¹ Véase á Tomasino, *Celebracion de las fiestas*; God. *Avent.*

LECCION XXVI.

EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO.

Inmaculada Concepcion de la santísima Virgen. — Creencia de la Iglesia. — Historia de la fiesta. — Sabiduria de la Iglesia. — Influencia de esta fiesta. — Oficio. — Modo de celebrar la fiesta de la Inmaculada Concepcion.

I. Inmaculada Concepcion. — El dia 8 del mes de diciembre la Iglesia católica celebra la fiesta de la Inmaculada Concepcion de la Virgen santísima. Por la Inmaculada Concepcion de la Virgen santísima se entiende que la Virgen María, en el mismo instante en que su alma se unió á su cuerpo, quedó preservada del pecado original y exenta de toda mancha¹. Un anatema divino, justo castigo de un gran crimen, pesa hace seis mil años sobre toda la raza humana, y la mancilla del pecado va unida á la concepcion y al nacimiento de todos los hijos del primer culpable: el pecado original es una triste herencia que se transmite de generacion en generacion y que se transmitirá mientras haya en las venas del género humano una gota de la sangre de Adán; mas la ley terrible, universal, incontestable, que nos condena á ser hijos de cólera, ha sido una vez suspendida, y lo fué en favor de María. Desde el primer instante de su existencia la Virgen de Judá, la futura madre del Hombre-Dios no estuvo jamás manchada con borron alguno, y este es el milagro cuya memoria celebra la Iglesia, este es el beneficio de que da gracias á Dios en la fiesta de la Inmaculada Concepcion.

II. Creencia de la Iglesia. — Segun los dogmas de la fe, nada hay mas cierto que el haber sido María concebida sin pecado; los Padres de la Iglesia, órganos de la tradicion, deponen en favor de esta verdad, y muy general y acreditada debia ser entre los Cristianos, cuando los mismos Mahometanos han consagrado el recuerdo de la misma. ¿Quién lo creyera? El Alcoran es uno de los primeros monumentos en que se encuentra consignada². En el siglo II, Orígenes la insinúa, y en el IV, la mas brillante antorcha de la Iglesia,

¹ Per conceptionem hic intelligitur: ipsa animæ infusio et unio cum corpore debite organizato... quæ scilicet fit illo ipso instanti, quo rationalis anima corpori omnibus membris ac suis organis constanti unitur. (Bened. XIV, *De Fest.* pag. 536.) — Beata Virgo in eo puncto, quo anima corpori unita est, ab originali peccato munda fuit et immunis. (Id. id.)

² Bergier, *Mahomet.*